

EXCLUSIVA



PRIMERO, EL PEQUEÑO PREDICADOR ENARDECIO A LA CHUSMA. DESPUES LA VIO ALEJARSE ENFEBRECIDA

UN hombre pequeño, de pelo rizado, con un lazo negro al cuello, se presenta en la plaza mayor de la ciudad. Se despoja de la chaqueta, dejando al descubierto un chaleco atravesado por una franja con los colores de la Confederación, ajusta un micrófono y se sube a una banqueta. Detrás de él, una pancarta esgrime una serpiente de cascabel y el lema: «No me pises». Pasea sus frios ojos sobre la multitud durante unos momentos. Luego empieza a hablar. Sus palabras adquieren un timbre metálico al pasar por los altavoces.

«El negro Martín Lucifer, «El Bastardo», dice que vamos a tener un cálido verano; si cree que los negros pueden hacer caldear este verano, yo les diré que hay 140 millones de blancos que podrán caldearlo todavía más. El gran gigante blanco, hasta ahora dormido, empieza a despertar. Me preguntan si yo creo en la violencia. Si la violencia es necesaria para defender la Constitución, respondo que sí.»

Emergen de la masa gritos guturales. Jóvenes vestidos deportivamente, tostados por el sol y cuajados de tatuajes aplauden en vigorosa señal de asentimiento. Un viejo golpea su bastón contra un muro, mostrando su excitación. Una rubia gorda y ajada hace ondear una bandera de la Unión sobre su cabeza. Una jovencita vestida de rosa deja caer un billete de dólar en un cuenco gris depositado sobre el banco del conferenciante, que vuelve su mirada en aquella dirección con una mueca. En la calle se aprecian los cascos de las patrullas de policía, que observan la escena.

El orador, reverendo Charles Conley (Connie) Lynch, continúa su arenga. Sus palabras brotan cada vez con mayor rapidez. Su frente empieza a perlarse de sudor. «Dejadme deciros una cosa...». El tono es apremiante, casi histérico. «Amo a esta República, amo a este

SIGUE

RETRATO DE UN EXTREMISTA

"HITLER FUE UN GRAN HOMBRE", OPINA LYNCH



M. L. King, el más importante de los líderes negros norteamericanos. Lynch, con su lenguaje irrespetuoso, le llama «Martin Lucifer el Bastardo».

país, amo sus principios, las leyes de su Constitución; pero la banda de gangsters de Washington la han violado, dirigiendo todos sus actos, desde los que ruyán en la alta traición hasta los más insignificantes, contra la raza blanca, contra Dios, contra la nación... Recordad las palabras de Jesucristo. El dijo: «No se puede servir a dos señores...» Hay que amar a uno de ellos, pero... se tiene que odiar al otro.»

De este modo, con frases cortas y tajantes, con explosiones de amarga indignación, Connie Lynch se dirigió a la multitud en el mes de junio pasado, en el marco del antiguo mercado de esclavos de St. Augustin, Florida. Con estas palabras, el que a sí mismo se había proclamado evangelista inflamaba aún más el espíritu de los habitantes de una ciudad ya en tensión por el odio racial. Con anterioridad ya se habían presentado conflictos entre los blancos de la localidad y los negros y blancos integracionistas. Cuando los manifestantes en favor de la integración intentaron bañarse en una piscina reservada a los blancos fueron perseguidos y golpeados con cachiporras y bastones. Más tarde, el dueño de un motel en cuya piscina se habían bañado negros echó dos botellas de ácido al agua...

"abogo por la violencia"

El 25 de junio, al día siguiente de la llegada de Connie Lynch a St. Augustin, se produjeron más tumultos. Aquella misma noche Lynch tocó a rebato en el antiguo mercado de esclavos. Frente a ochocientos blancos, muchos de ellos procedentes de fuera de la ciudad, se expresó del siguiente modo: «Abogo por la violencia en defensa de la raza blanca... Os digo que en el proceso van a morir muchos negros; pero cuando llegan las guerras eso es lo que ocurre.» De los oyentes brotaron gritos de rebeldía. Se pusieron en marcha contra una columna de 200 manifestantes que desfilaba a través de la plaza. Una nube de botellas vacías, de ladrillos y de piedras cayó sobre las cabezas de aquéllos, y multitud de garrotes se abatieron sobre sus cráneos. Los blancos golpearon a unas mujeres negras y rasgaron sus vestiduras. La policía arrestó a cuatro segregacionistas, pero la multitud obligó a los agentes a que los libertaran. Treinta negros y tres blancos fueron heridos de gravedad...

En las noches siguientes, la voz de Lynch se dejó oír de nuevo en el antiguo mercado de esclavos. Blancos y negros armados se daban caza por las calles de la ciudad. Hubo disparos y heridos.

¿un enfermo?

Oyendo a Connie Lynch podría tomarse por un enfermo. Sus ademanes son frenéticos, muchas veces sus palabras son incoherentes, sus citas de la Biblia pecan con frecuencia de inexactas. Sería tranquilizador pensar que se trata de un fenómeno local. Sin embargo, su importancia radica en que no lo es. En realidad, Lynch es un apóstol del extremismo. Es un agitador profesional, plenamente dedicado a estas actividades, cuya misión es transformar el malestar racial en odio. En cumplimiento de esta misión recorre 75.000 millas al año, en un «Cadillac» color coral del año 58. Hasta la fecha ha estado presente en muchos núcleos de la lucha racial: Little Rock, Oxford, Albany, Birmingham... Siempre está dispuesto a dirigirse a cualquier lugar donde se preparen acontecimientos violentos. «Allí donde yo hablo —dice con orgullo—, afilo los dientes de los blancos, doy vigor a su resistencia.»

La amenaza que supone Connie Lynch, y otros como él, no estriba en lo que dice, ya que otras muchas personas dicen lo mismo sin que tenga efecto alguno. El talento de Lynch estriba en saber cómo y dónde debe decir las cosas. Lynch sabe dónde se preparan graves sucesos, sabe dónde el equilibrio es delicado y dónde la violencia está madura para entrar en erupción. «Lynch es una granada de mano —dice un veterano fiscal de Florida—, aboga por la violencia sin verse jamás envuelto en ella. No dice nunca pega a ese negro, pero dice lo que más se le aproxima, y hace creer a la gente que está dispuesto a bajar de la plataforma para emprender la acción directa.» El fiscal hace una pausa. «Es, exactamente, el elemento catalizador. Ve un hueco y se introduce en él resueltamente.»

Y huecos los hay en todas partes, en el Norte y en el Sur. St. Augustin es sólo un ejemplo. Es una población solada y agradable, de 15.000 habitantes, de los cuales el 25 por 100 son negros, que ha sido siempre una comunidad tranquila, dormida, de cara al pasado...

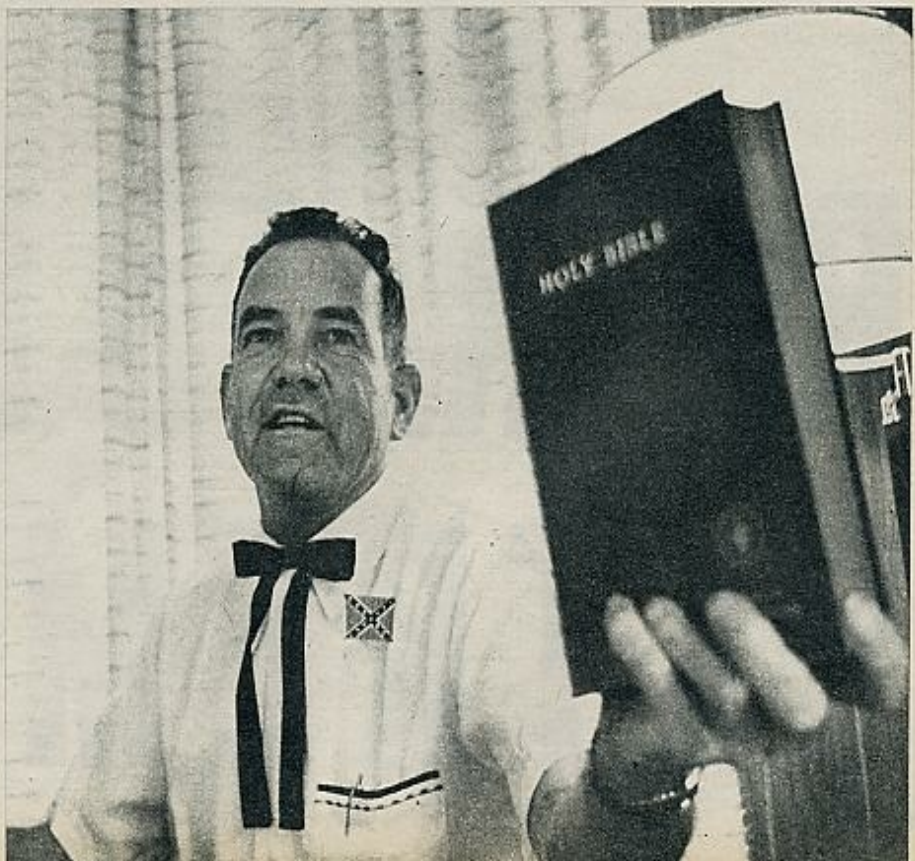
La vida económica de esta ciudad depende de las corrientes de turistas que llegan a ella con ánimo de recorrer en coche de caballos las costas que bordean la bahía, para visitar el castillo de San Marcos —monumento nacional— o las restantes veintitrés ruinas históricas. St. Augustin es también el baluarte del espíritu conservador. El comandante Joseph A. Shelley, prominente físico, dice lo siguiente: «En esta re-

gión de Florida se tiene más conciencia del problema comunista que en cualquier otra.» Una florista luce con orgullo el «Premio al Americanismo», que obtuvo su tienda «por no vender géneros comunistas». Junto a la caja registradora de una droguería hay un montón de ejemplares de la revista «American Opinion», editada por la John Birch Society. Más abajo del cuartel general de Goldwater, en las oficinas de la Florida Coalition of Patriotic Societies, dos mujeres de mediana edad discuten con la mayor seriedad la infiltración comunista en el movimiento en pro de los derechos civiles.

Los habitantes de St. Augustin sostienen que su ciudad ha sido «tan liberal en el aspecto relativo a las cuestiones raciales como no lo ha sido ninguna otra de Florida». Aluden con esto a que los negros han gozado de derecho al voto desde 1896, y añaden que los hombres de color han servido como policías, que los doctores y dentistas negros tienen muchos pacientes blancos. La ciudad tiene un distrito reservado a los negros, pero también existen otras once áreas donde blancos y negros viven mezclados. En el mes de mayo pasado se llevó a cabo sin dificultad la integración en todas las actividades comunales del municipio. A partir del mes de septiembre último los negros comenzaron a asistir, también sin incidentes, a escuelas que anteriormente habían sido del dominio exclusivo de los blancos.

superbomba segregacionista

Sin embargo, el pueblo de St. Augustin había sufrido serias advertencias. Hace alrededor de un año, el Florida Advisory Committee to the U. S. A. Civil Rights Commission (Comité Consultivo de Florida, adjunto a la Comisión Norteamericana de Derechos Civiles), había calificado a esta ciudad de «superbomba segregacionista» con una «mecha corta». Este órgano había recomendado medidas para salir al paso de las quejas de los negros, tales como acusaciones de brutalidad por parte de la policía y discriminación en cuanto a empleos en las instituciones públicas. El Comité aludió también al incremento de las actividades del Ku-Klux-Klan dentro del área. Nadie le escuchó. Los actos de violencia aumentaron. Los dirigentes negros propusieron celebrar una reunión a puerta cerrada con las personas más representativas





Connie Lynch, con enfurecidos ademanes, arenga a la multitud de St. Agustín: «Estoy a favor de la violencia. Os garantizo que van a morir algunos negros.»

de la ciudad. La petición fue denegada. Las voces de moderación fueron haciéndose cada vez más débiles. Los religiosos, con pocas excepciones, guardaron silencio. El *St. Agustín Record* llenó sus páginas con fotos de las reinas de belleza. Los hombres de negocios aparentaron ignorar el problema. Martín Lutero King, que llegó a la ciudad en mayo, la calificó con los siguientes términos: «Un campo de batalla de las fuerzas de la buena y la mala voluntad que animan a nuestro país.»

Dentro de este campo de batalla irrumpió Connie Lynch. Había salido de California el 5 de junio. Había hablado en Oklahoma, Arkansas, y durante algún tiempo recapacitó sobre la conveniencia de ir a Mississippi. En estos momentos las noticias de la lucha racial en Florida empezaban a llenar las páginas de los periódicos. «Me decidí a venir a St. Agustín —dice— porque tuve la impresión de que era el lugar en que más se me necesitaba.»

Cuando llegó a St. Agustín la recepción que se

le dispensó fue antusíasta. Connie Lynch sabía cómo explotar el entusiasmo popular. En el corto plazo de un día condujo a las masas a un estado de frenesí. El tumulto del 25 de junio fue el suceso más violento por el que pasó la ciudad en este año. Naturalmente, si Lynch tuvo éxito en St. Agustín fue porque se lo permitieron. «Es el trampolín que nos permite alcanzar la posición deseada —dice un cultivador de tabaco—. Tiene que ser extremista, para conseguir que su auditorio se coloque en la posición que debe ocupar.»

todos los negros a África

El propio Lynch admite que es un extremista. Dice que su meta es liberar a América de la lucha racial. Y el único método práctico para ello, según su opinión, es mandar a los 20.000.000 de negros de vuelta a África. Sabe que es posible que algunos negros no

se muestren conformes con esta idea y que la ejecución de su plan puede ocasionar derramamientos de sangre. «No movería una pestaña si supiera que esto significaría la muerte de todos los negros», dice textualmente.

«Nuestro enemigo —continúa Lynch— no es Rusia. Es la infiltración de ese cáncer silencioso del comunismo, de esa estúpida ideología que habla de la confraternidad y de la mezcla de las razas. La integración ocasionará una mixtificación y causará la destrucción final de la raza blanca.»

La piedra de toque de la filosofía de Lynch es la creencia de que los negros son inferiores a los blancos, tanto desde el punto de vista intelectual como desde el emocional. «Todos los no blancos —dice— son hijos de Satán, adoradores del diablo que con sus propios hijos alimentan a los cocodrilos.» Se burla de «las hordas negras de África, incapaces de crear una civilización o de escribir un lenguaje si no es en asociación o en una rela-

SIGUE

UN AGITADOR QUE TRATA DE TRANSFORMAR

ción de esclavitud con respecto al hombre blanco. Cualquier Gobierno estable sólo puede estar compuesto por hombres blancos.»

presidentes "conspiradores"

Para la concepción del mundo de Lynch, la «samaná judía» reviste una gravedad similar. Les acusa, tanto en la actual revolución en pro de los derechos civiles (los negros no tienen para él ni el dinero ni el cerebro precisos para llevarla adelante), como en la época de la depresión, y dice que tiene la evidencia de que los judíos iniciaron la Guerra Revolucionaria (2), la Guerra Civil, las dos Guerras Mundiales y el conflicto de Corea. «Ahora —añade— están reuniendo a todos los no blancos para lanzarlos contra los blancos.» Esta «conspiración» no se habría producido nunca de no ser porque dirigentes políticos de la mayor importancia «desempeñaron un papel sobresaliente en la venta del país. Entré éstos figuran el presidente Roosevelt, Truman, Eisenhower, Kennedy y Johnson». Lynch mantiene que el último gran estadista de América fue el gobernador de Louisiana, Huey Long. Lynch basa la mayor parte de estos pintorescos puntos de vista en su «interpretación» de la Biblia. «No hay ningún libro que refleje una mayor violencia en la defensa de la pureza racial —dice—. Podría citaros pasajes que helarian la sangre en vuestras venas». A través de estas lecturas, Lynch pretende haber descubierto que «José y María eran arios, y que Jesucristo no era judío». Las restantes fuentes de sus ideas son, según propia confesión, «su nariz» —«Ella me dice que HAY una diferencia básica entre negros y blancos»—, el libro «Mein Kampf» —«Hitler fue un gran hombre»—, y... la Constitución de los Estados Unidos.

¿Qué impulsó a Connie Lynch a convertirse en «campeón» de la causa del hombre blanco? Hijo —entre un total de diez— de un cultivador pobre de algodón, nació y se crió en Clarksville, Tejas. La familia se trasladaba frecuentemente de un lugar a otro. Este constante trasiego entorpeció el desarrollo de su educación, que quedó truncada en el noveno grado. Antes de los veintidós años había recorrido ya treinta y ocho Estados, como polizón en trenes de mercancías y ganando algún dinero en toda clase de trabajos. «Vi el sufrimiento de los menesterosos —dice—, de la gente que lleva remiendos en los pantalones y acude a los comedores de caridad. Esta gente provocó en mí un sentimiento de indignación, una inspiración que me impulsaba a hacer algo a su respecto. Empecé a asistir a la iglesia. Cuanto más escuchaba a los predicadores más me convenía de que no entendían nada de nada...»

"vacas, caballos o seres similares"

En 1936 se trasladó a California. Durante unos meses trabajó en granjas de los alrededores de Sacramento, ordeñando vacas y haciendo todos los trabajos que le encomendaban. En sus ratos libres leía la Biblia. Finalmente, fue ordenado sacerdote en la Asamblea General de Jesucristo, una secta de California aparecida veinte años atrás. «Nunca fui al seminario —dice—. Simplemente obtuve mis credenciales.»

Poco tiempo después del comienzo de la guerra, en 1941, Lynch fue llamado a filas y enviado a un campamento de Tejas para recibir allí un entrenamiento básico. Luego fue asignado al Sexto Depósito de Reemplazo en calidad de cocinero. Un hornillo de gas explotó dentro de la cocina en que trabajaba, en la isla de Nueva Caledonia. Salió de este incidente con graves quemaduras en los brazos y en la espalda, lo que le obligó a permanecer varios meses en el hospital. Al terminar la guerra, y de regreso a California, se pasó de la Asamblea General de Jesucristo a la Iglesia Cristiana de Jesucristo. Esta secta fundamentalista, fundada en 1946 por un antiguo instructor de una brigada armada del Ku-Klux-Klan, el Dr. Wesley Swift, pretende tener un millón y medio de miembros en los Estados Unidos, y un millón más allende el océano. «Reconocemos las diferencias

entre razas que se acusan en la historia bíblica —explica el Dr. Swift—. Creemos absolutamente en la superioridad de la raza blanca.» Sharon Wendler, la secretaria del Dr. Swift, dice: «No queremos vernos dominados por vacas, caballos o seres similares.» Parece ser que, para evitar este destino, la secta organizó lo que el Rev. Oren Potito llamaba «unidades de guerrillas». Estos «grupos para la supervivencia» —aclara Potito— han sido establecidos para la defensa del país en caso de una subversión de la situación actual. Nos adiestramos regularmente en el manejo del rifle y nuestros miembros realizan maniobras con jeeps y lanchas en diferentes Estados. Lynch sirvió a la secta en California durante diez años, oficiando en matrimonios y funerales, visitando a los creyentes en el hospital y predicando en las parroquias de Bakersfield, San Bernardino, Pomona, Porterville y Mojave. Raras veces permaneció en una misma localidad largos periodos. «No me gusta permanecer en un lugar cuando el suelo se cuartea —dice—; me gusta ir a donde está el nudo del problema.» En 1956 ó 1957 —no recuerda bien la fecha— se convirtió en un «examinante».

«Por lo que de él sabemos —dice el Dr. Swift—, el reverendo Lynch tiene una buena base moral y es un buen organizador constructivo.» La secretaria, Miss Wendler, añade: «Merece toda confianza. Siempre ha sido honrado con las cuentas.» Admite que «si la gente no sabe de antemano lo que va a oír, la primera vez que le escuche puede experimentar una especie de sacudida». Pero afirma que «las reacciones

que provoca son muy favorables. Nunca hemos oído decir a nadie que le haya encontrado ofensivo.»

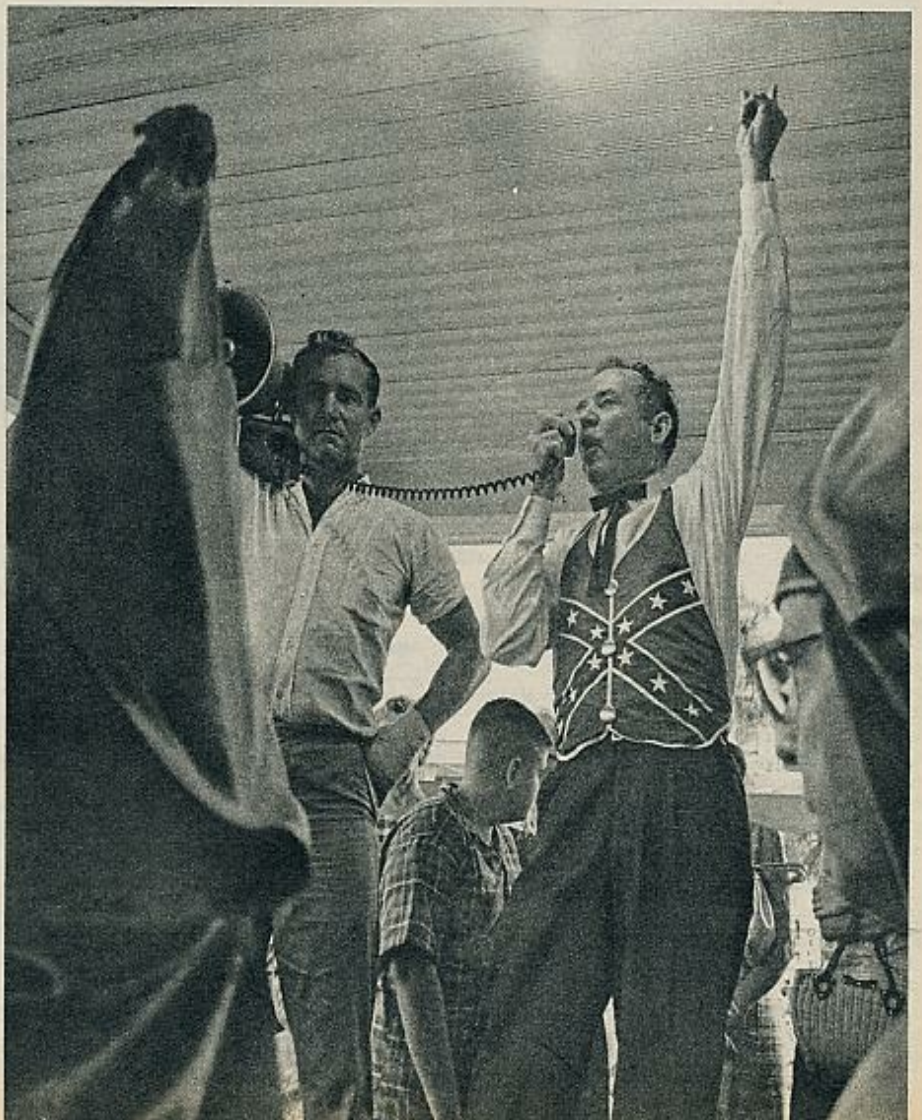
"actividades directas"

En los primeros meses de 1962 —siempre a la busca de nuevos métodos para combatir «la conspiración demoníaca de la mezcla de razas»— Lynch fue nombrado organizador en California del Partido de los Derechos de los Estados Nacionales. «Esta organización —advertía el año pasado el Comité del Senado sobre Actividades Antiamericanas que se ocupa de los asuntos de California— es potencialmente más peligrosa que cualquiera de los grupos nazis americanos, por interesarse en actividades mucho más vigorosas y directas...»

Algunas de estas «actividades directas» colocaron pronto a Lynch en situaciones difíciles. Una noche del mes de febrero de 1953, después de una alocución en San Bernardino, se detuvo con cuatro compatriotas uniformados en un bar para tomar un café. Un grupo de adolescentes que les oyó hacer comentarios denigrantes sobre negros y judíos se les acercó en el aparcamiento. En el tumulto que siguió, uno de los jóvenes resultó herido por cinco balas salidas de una pistola accionada por gas. El 21 de marzo de 1963, Lynch y dos de sus ayudantes fueron declarados culpables de perturbar el orden y tuvieron que pagar una multa de 1.200 dólares.

Todo este «efervor» le costó a Lynch el puesto de organizador del Estado. El Dr. Edward Fields, espe-

Miembros del Ku-Klux-Klan, encapuchados, escuchan al racista Lynch en el antiguo mercado de esclavos. Para él, Roosevelt, Truman, Eisenhower, Kennedy y Johnson han colaborado en «la venta del país».



EN ODIOS EL MALESTAR RACIAL

cialista en la espina dorsal, dice lo siguiente: «Organizó su grupo y lo uniformó con cascos, cinturones y botas de color negro. Esto no estaba autorizado.» Fields añade que le pidieron que dimitiese. «Consiguió reunir más dinero que ningún otro, pero era demasiado extremista. Amedrentó a los elementos más importantes de la comunidad...»

amigo del ex brujo imperial

Sin dejarse afectar por su semifracaso, Lynch ofreció sus servicios al Ku-Klux-Klan, convirtiéndose pronto en íntimo amigo de J. B. Stoner, un procurador del Klan y antiguo Brujo Imperial. Durante los meses de septiembre y octubre últimos, organizaron sesiones de reclutamiento, a las que en alguna ocasión asistieron más de 5.000 personas. Exactamente antes de Pentecostés, Lynch se trasladó a California, donde trabajó activamente en una organización recientemente formada y que llevaba el nombre de Liga para la Defensa Cristiana. Con su centro de operaciones en una oficina situada en el tercer piso de un edificio de la parte baja de Los Angeles, la C. D. L. sostiene que es urgentemente necesario que los cristianos blancos se unan para hacer frente al esfuerzo para extinguir la raza blanca que están realizando los no blancos. Los panfletos que publican, claman contra «los nocivos embusteros que introducen el tam-tam en nuestros pulpitos» y aboga por la formación de «juntas de

compradores cristianos» y por la estampación del signo de la cruz y el escudo, símbolos de la C. D. L., sobre las patatas y otros artículos alimenticios.

Durante todo el invierno y la primavera, Lynch habló tanto a favor de la C. D. L., como en pro de la secta protestante. Al aproximarse el verano último sus planes para dirigirse otra vez hacia el Este. Su itinerario había sido fijado sin gran precisión. En este momento comenzaron los problemas en St. Augustin. Lynch sabía lo que tenía que hacer...

Tan plenamente se dedica Lynch a la «promoción de su filosofía» que carece de vida privada. No tiene hogar. La mayoría de los objetos que posee le acompañan siempre en su coche. Se ha casado y divorciado dos veces. Tiene un hijo de 18 años, del que cree firmemente que está en la Marina, pero con quien no mantiene correspondencia desde hace tiempo. Esta falta de vínculos familiares o sociales no parece afectarle en absoluto. «Así no siento nostalgia por ningún lugar determinado —dice—, así no me siento solo por falta de nadie...». Su única compañera es Marie Calabria, una mujer zanjilarga que lleva un diario de sus actividades y que dice lo siguiente: «Connie es uno de los hombres más grandes que he conocido nunca».

duerme bien en la cárcel

Lynch admite que su «cruzada» le plantea múltiples problemas. Uno de ellos es el dinero. No recibe



J. B. Stoner, que fue en otro tiempo Brujo Imperial del Ku-Klux-Klan, hoy íntimo amigo de Lynch y organizador de sesiones de reclutamiento.

ningún sueldo de su Iglesia y su única solución es pasar el cepillo en las reuniones. En muchas ocasiones el auditorio es pobre y no tiene nada que ofrecerle. Cuando los donativos son escasos, regresa a California, donde trabaja en la preparación del cemento para una firma dedicada a la construcción, dirigida por Neumann y Rufus Britton, antiguos amigos y miembros activos del Partido de los Derechos de los Estados Nacionales.

Otro de sus problemas consiste en que los funcionarios encargados de la salvaguarda de las leyes federales y de su aplicación no se muestran siempre favorables a sus exhortaciones. El verano pasado fue arrestado por conducir una caravana de coches ocupada por blancos a través de un distrito negro de Gadsden, Alabama. También ha sido arrestado por la policía en Little Rock y en Memphis. Insiste en que el F. B. I., al que llama Federal Bureau of Integrationists, siempre le está molestando. «La cárcel no me es extraña —dice—, duermo tan bien en ella como en cualquier hotel».

Su campaña también se ve entorpecida por otras molestias. En una sola semana le han cancelado tres conferencias, cuando los airados ciudadanos descubrieron la naturaleza de su «cruzada» y después de recibir montones de cartas y llamadas telefónicas amenazadoras. «Yo me limito a constatar los hechos tal como son —declara— y esto es algo que desagrada a la gente. La verdad es siempre la cosa más impopular».

una riada de sangre

Con Lynch, la paz se convierte en algo que goza de pocos adeptos. La apariencia de paz que volvió a extenderse sobre St. Augustin dos semanas después de los tumultos, no le descorazonaba, dijo a alguien el mes pasado. Se había quedado después de que el gobernador de Florida mandase a la ciudad las tropas del Estado para apaciguar el ambiente. Permaneció aún después de que blancos y negros hubieran acordado una tregua. Los periodistas y los fotógrafos abandonaron la ciudad, pero Lynch se quedó. Le habla entusiasmado la recepción que le habían dispensado —«me siento inspirado, realmente conmovido»— pero dijo que todavía había mucho que hacer en la ciudad. Los negros iban a poner pronto a prueba la sección de instituciones públicas de la ley de Derechos Civiles. Habla que oponerse a estos esfuerzos. «Va a haber una riada de sangre sobre este país —dijo—. Se están sentando las bases necesarias para que la tierra reciba un baño de sangre». En este momento su boca adquirió una expresión dura. Sus ojos oscuros y fríos se clavaron en la lejanía. «Cuando desaparezca el humo de la lucha —afirma— no va a quedar nada, excepto caras blancas».

TREVOR ARMBRISTER

(Fotos Lynn Pelham)

Copyright Zardoya y «Triunfos» 1964

El Ku-Klux-Klan se manifiesta en las calles de St. Augustin. Sus miembros dirigen el pulgar hacia el suelo, expresando su opinión contra la aprobación de la ley de los Derechos Civiles: las «razones» del extremismo.

